

plaza? — *Oui Monsieur, oui; montez, s'il vous plaît*; sí señor, sí, suba Vd. si gusta. » Es un enamorado que ha visto entrar en el *omnibus* al objeto de sus amores y sus desvelos, y se apresura á aprovechar la ocasion de decirle dos pablas al oído; entra, y ¡oh fatalidad! entre los dos amantes ciudadanos se ha colocado una vieja aldeana con su enorme tiara de linon que los impide mirarse y con su seron de patatas que les va lastimando á uno y á otro las rodillas, ó bien un viejo mercader judío que va dando sendos desahogos naríticos á la tabaquera; ítem mas, el cura de la parroquia que está sentado de frente con su breviario debajo del brazo y es el confesor de la familia de la señorita.

— ¿Quiénes son estos dos que van solos en ese *omnibus* que atraviesa? — Son dos enemigos jurados que protestaron no saludarse jamas: un año han huido de encontrarse, y ahora un mismo *omnibus* los cobija.

Donde hay *omnibus* nadie puede decir « de esta agua no beberé. »

#### El Paseo de Tourny.

Luego que comimos, determinámos Tirabeque y mi gerundiana persona salir á dar un paseo acompañados de un español, vizcaíno honrado que la providencia nos deparó en la mesa, el cual se hallaba en Burdeos hacia seis años huyendo prudentemente los compromisos y sinsabores de la guerra civil, y con ánimo de no regresar á su patria hasta que las cosas estuvieran enteramente tranquilas, lo cual lleva consigo la probabilidad de que nuestro apreciable compatriota acabará los dias en tierra extraña, aunque viva los años de Matusalen.

Llevónos primero al hermoso paseo de *Quinconces*, entre la ciudad y el rico arrabal *des Chartrons*: dimos despues una vuelta por el espacioso *Jardin publico*, y volvimos á recaer al llamado de *Tourny*, desahogado salon dentro de la poblacion misma, y remedo del Prado de Madrid. Muchos y muy diferentes fueron los objetos que en él simultáneamente á nuestra vista se ofrecieron, y que tenian incesantemente dividida nuestra atencion. Por una parte las lindas y agraciadas *grisetas* (1), tan renombradas en

(1) Dáse en Burdeos el nombre de *grisetas* á las modistas, damas de mostrador y otras mujeres intermedias entre las dos clases alta y baja del pueblo, las cuales se distinguen y tienen fama en todo el país por su general belleza y por su aseo, sencillez y buen gusto en el vestir.

toda Francia, con sus estudiados y elegantes adornos en la cabeza y su mirar dulce y conquistador; por otra el marqués de Valdespina, ex-ministro de D. Carlos, con su brazo manco y su sanguinario entusiasmo; por otra los *Alcides* ejecutando juegos de fuerza, doblando barras de hierro en el brazo desnudo y haciendo saltos difíciles, por la retribucion de quien espontánea y devotamente quisiera arrojarles al suelo cuatro ó seis *sous*; estos mismos *Alcides* cuyas funciones se anuncian en España con solemnes cartelones y programas y á quienes se hace el honor de franquear los teatros principales de la corte: por otra el héroe de las atrocidades manchegas, flor y nata de la Carlistería andante, general *Palillos*, con su levita de palotes y su boina de primeras letras: por otra Gómez y Villareal que como gente de otra cuna y de otra estofa no alternaban con los *Palillos*, ni los *Orejitas*, ni los *Basilios* ni aun con el mismo Valdespina del arremangado brazo: por otra las voces y algarabía de los tenderos ambulantes que guarnecen el paseo gritando á todo gritar: « *la boutique à quatre sous la pièce*; » la tienda á cuatro sueldos la pieza.

Todo era nuevo para nosotros; pero mas nuevo y mas inesperado era todavía que aquel Villareal, defensor consecuente de D. Carlos á quien veíamos todos los dias en Agosto pasear por *Tourny*, fuera en Setiembre invitado y buscado por O'Donell y aun por la misma reina Cristina para que tomase parte en la intentona de Octubre, á que él caballerosamente se negó; y todavía mas inesperado debia ser, si en estos tiempos hubiese cosa alguna inesperada, que aquel *Palillos* que veíamos allí, y aquel Cabrera que no veíamos porque estaba en otra parte, hubiesen de hacer causa comun con los estatutistas de España y los cartistas de Portugal, y que al efecto habia de ser llamado Cabrera á París, para colmo de honor y complemento de gloria de retrógradas conspiraciones.

Al apuntar la noche se encendió el alumbrado de gas, y á los ejercicios de los *Alcides* substituyó una plaga de farsantes; los unos cantando al armónico son de un organillo portátil; los otros entonando malas trovas acompañadas de un chirriante violin; los otros haciendo juegos de manos; y llamándonos sobre todos la atencion un jóven guitarrero, que con mucha calma y gravedad y con mucho aire de importancia y de misterio fué colocando en el suelo y en círculo hasta diez ó doce cabitos de vela encendidos; en seguida se plantó en medio del gran coro de espectadores á quienes servian de meta las bujías: sacó misterio-

samente unos mamotretos que en una caja encerrados llevaba; los puso en el suelo abiertos unos y cerrados otros, y en seguida colgándose al cuello la guitarra comenzó á entonar desafortadamente alegres canciones. Centenares de franceses le oían entusiasmados, reían como tontos, y llovían cuartos al farsante trovador, que entre estrofa y estrofa se entretenía muy serio en recoger el fruto de sus cantares.

— Señor, me decía Tirabeque, pareceme que es tierra de mucha farsa esta. — Esto no es, le dije, sino el anuncio de la que nos espera ver. Y con eso nos retirámos aquella noche á descansar.

#### Momias.

Una de las curiosidades que ofrece Burdeos son las *Momias* del subterráneo de San Miguel. Yo manifesté á Tirabeque deseos de verlas, y aun de que me acompañara, puesto que tanto debían ser objeto de curiosidad para él como para mí. — Y diga Vd., mi amo, me preguntó: ¿esas *Momias* son casadas ó solteras? ¿y son francesas ó españolas? Porque si no hablan el español, yo no haré en la visita el mejor papel. — No seas fatuo, hombre, no seas fatuo; ¿no has oído hablar de las *Momias* de Egipto? — Algo he oído, sí señor; y aun me alegro que sean de allí, porque podrán darme noticias de mi amigo Ibrahim-Bajá, que hace mucho tiempo que no sé de él, y no parece sino que le han enterrado. — Ensarta, ensarta necedades, que á bien que no me cogen de sorpresa.

Las *Momias* de Egipto, Pelegrin, se llaman los cadáveres embalsamados que de muy antiguo se han encontrado en aquel país, especialmente en la llanura de Saccara; y aunque estos de Burdeos ni son de aquella procedencia ni están embalsamados como aquellos, sino que se han hallado incorruptos en los sepulcros de un templo despues de un largo número de años de estar enterrados allí, se les da igualmente el nombre de *Momias* por la analogía de la incorruptibilidad. — Segun eso, mi amo, esas señoras están muertas. Pues entónces haga Vd. el favor de ir solo por un día, porque hoy tengo yo poca gana de hacer visitas. Además que Vds. tendrán acaso que hablar alguna cosa, y yo no serviré allí mas que de estorbo. — Ni aun siquiera tienes el talento de cohonestar el miedo, hombre. Por lo mismo me empe-

ño en que has de venir conmigo. — Señor, si es empeño, le acompañaré á Vd. y le esperaré en la antesala, como corresponde á un criado. — No, si allí no hay antesala; entrarás conmigo, que puedes hacerlo con toda franqueza. — Bien, señor, bien; iré con mucho gusto; (aparte) como si me sacaran las muelas.

Salimos por el muelle, y la casualidad de haber encontrado allí un español que solía entretener el día en ver entrar y salir los vapores, nos proporcionó ver al paso la hermosa fragata *Chateaubriand*, de mil toneladas, que se hallaba varada en el puerto: era nueva, pues parece se había botado al agua un año hacia, y solo había hecho un viáje á la India. Lujo ya mas bien que aseó se notaba en sus lindas cámaras de exquisito gusto y elegante ornato. Adornaba la mesa de comer el retrato de *Chateaubriand* orlado de los símbolos del Genio del Cristianismo y de los Mártires. — ¿Qué te parece de esto, Pelegrin? — Señor, si fueran así las *Momias*, yo las vería de buena gana. — Cada cosa tiene mérito por su estilo, hombre; también creo te han de gustar.

Encaminámonos siguiendo la derecha del muelle hácia la parroquia de San Miguel, y ántes de bajar á las catacumbas entrámos á visitar el templo, que nada ofrecía de particular y curioso si no se quiere que lo sea una inscripcion que en el tronco ó cepo se leía: *Aviso á los extranjeros que visiten esta iglesia.* — Hola; Pelegrin, esto va con nosotros. — ¿Y qué es lo que se nos avisa, mi amo? — Ahora lo veremos. « Se invita á los extranjeros que visiten este monumento á que depositen en este tronco una ofrenda en favor de los pobres de la parroquia, que son en gran número. » — Señor, me gusta el aviso: ¿y por qué no invitan también á los del país y no que solo á los extranjeros? Como tontos, señor; á ver si podemos mantener los pobres de la parroquia á costa de los de extranjis: como si cada uno no tuviera en su tierra pobres que mantener. Diga Vd., y las *Momias* las mantienen también á costa de los extranjeros? — Algo hay de eso, Pelegrin. — No, pues si comen mucho.... — Ahora lo verás.

Pasamos á la torre del telégrafo, debajo de la cual está la bóveda en que se conservan los incorruptos cadáveres. Ya la entrada á la habitación del conserje indica bien lo que ofrece aquella lúgubre mansion: manifesté al guardamuérto el deseo y objeto que allí nos llevaba, y él acostumbrado á gastar poca conversacion con la falanje que está á su cuidado, procedió silenciosamente á encender su mugriento farol, y haciéndonos con la cabeza un signo de que le siguiéramos, nos condujo por una humilde y ló-

brega escalera al sarcófago de las *Momias*. Representábase, á mí Fray Gerundio, la escena de la exhumacion en las *Noches lúgubres de Cadalso*; á Tirabeque creo que nada se le representaba, porque lo mismo fué ver aquella coleccion de enjutos cadáveres que rodean la catacumba, que la actitud de D. Bartolo en el Barbero de Sevilla es ménos inmóvil que la en que él se quedó.

Un si es no es recobrado se hallaba ya cuando nuestro Cicerone comenzó á explicarnos la historia de cada momia poco mas ó ménos en estos términos :

» Este primero que está de pié tiene quinientos años.

» Este otro fué enterrado vivo, lo que se puede conocer todavía por las contorsiones extraordinarias que hizo en la tumba. Ved su actitud. (Tirabeque sobresaltado dió dos pasos atras, y entónces le dijo el conductor : os advierto que vais caminando sobre una superficie de diez y ocho piés de huesos.)

» Estos que veis aquí, continuó, son una familia que murió envenenada de resultas de haber comido setas (*champignons*) : este es el padre, esta es la madre ; estos los dos hijos.

» Este que sigue tiene 800 años. Este otro tiene 80 : reparad, todavía conserva los retazos de la camisa con que fué enterrado.

» Este es el cadáver de una negra : aun se le puede reconocer en la frente y en la nariz : ella conserva todavía algunos dientes.

» Estotro de tan enorme y ancho pecho era un mozo de esquina ó porta-cargas (*porte-faix*) ; sucumbió bajo el peso de dos mil libras : tiene cinco piés y medio.

» Este es un antiguo general que murió en un desafío ; ved perfectamente la herida al costado derecho ; todavía conserva la barba ; reparad qué rubio era.

» Esta es una mujer que se enterró hace trescientos años, y aun conserva los dientes y algunos cabellos.

» Aproximaos á estotro, meted por aquí un dedo y aun tocaréis el corazon. » — Muchas gracias, amigo, respondió Tirabeque ya mas recobrado ; aunque soy español, estas cosas no las veo con las manos, que me basta y aun me sobra con los ojos.

Por este estilo nos fué el hombre informando de la historia tradicional de cada uno de aquellos cuarenta ó cincuenta personajes, que sentados unos, en pié otros, y otros en diferentes actitudes circundan aquella fúnebre morada, en que reposan además fragmentos bien conservados de muchos otros centenares de ca-

dáveres. Luego que pareció haber concluido, le preguntó Tirabeque ; « y diga Vd., señor calavérico, ¿ no tiene Vd. por aquí algunas viudas ó cesantes españoles ? — Ah, no señor, le respondió ; al ménos si los hay no conozco yo su historia. — Pues yo sí, le replicó Tirabeque ; y aseguró á Vd. que estarían aquí grandemente y nadie los distinguiría de estas otras *Momias* : Vd. podia enriquecer bien con ellos esta coleccion.

El conserje no entendió, ya porque Pelegrin no se explicara bien, ya porque no estuviera en antecedentes, que todo contribuiría ; y con otro signo de cabeza acompañado del « *allons Messieurs, s'il vous plaît,* » nos intimó la retirada. Obedecimóse sin repugnancia : subimos, y al entregarle el franco de costumbre, creció nuestra sorpresa viéndole principiár á registrarnos, no sin preceder el *perdon* de ordenanza, y no contentándose con tocar los bolsillos de la levita, sino exigiendo tambien que nos quitáramos el sombrero. Á la verdad un poco me amostazó, á mí Fr. Gerundio, la extraña operacion del hombre del sepulcro, y Tirabeque le hizo un ademan algo mas significativo diciéndole : « mire Vd. señor sepulturero, que si abajo me ha alumbrado Vd. á mí, aquí le voy yo á alumbrar á Vd. : ¿ le parece al guardamómias que acostumbro yo á robar muertos ? »

Entónces el hombre conociendo nuestro aire, y pidiéndonos mil perdones, nos explicó que el dia anterior habia sorprendido á un estudiante de medicina con una cabeza de *Momia* dentro del sombrero, que llevaba robada por encargo, á lo que dijo, de su maestro. Dimonos por satisfechos con la explicacion, y despidiéndonos del hombre sepulcral, salimos otra vez al mundo de los vivos.

#### Guia del extranjero en España.

Á galos y españoles  
Mis capilladas tocan ;  
Á hispanos y franceses  
Gerundiaré yo ahora.

El lector habrá observado que en lo poco que hasta el presente llevo escrito de mi VIAJE he procurado examinar con imparcialidad y despreocupacion lo bueno y lo malo de cada país, y consignar, mal que me pese, las cosas en que ellos nos llevan ventaja, y poner de manifiesto, mal que les pese á ellos, las cosas en que les aventajamos nosotros.

Conforme á esta sistema, cuando acaeciére encontrar al paso tal cosa en que ellos y nosotros merezcamos una comun sacudida, no dejaré de cumplir con la obligacion que como Fray Gerundio me tengo impuesta, así en la celda como viajando :

Pues como soy Fray Gerundio,  
Yo no sé lo que me da,  
Que aunque vaya de viaje  
No dejo de gerundiar.

Es el caso que habiendo cuidado de proveerme, como á todo viajero le es necesario é indispensable si no quiere viajar á ciegas, de *Guia del extranjero en Francia*, me dirigí con Tirabeque á una librería donde nos informaron que las encontraríamos, que por mas señas recuerdo haber sido en la calle llamada *Fossés de l'Intendance*, número 61. En efecto, no se habia equivocado el informante : tomé mi *Guia* mediante la traslacion de dominio de ocho francos, y como sea antigua costumbre en mí cada vez que en una librería entro (y lo peor es que la mala maña se extiende no solo á las librerías públicas, sino á las particulares tambien) callarme las antiparras y brujulear cuantos rotulajes y títulos de obras están al alcance de mi gerundiana vista, atisbé uno que decia : « *Guide du voyageur en Espagne et en Portugal.* » Tate! dije para mí; ¡la *Guia* del viajero por España y Portugal escrita en frances! Bueno fuera que te escaparas tú de mi reconocimiento y exámen.

Hizose el cambio del tomo por otros ocho francos divididos en otros tantos volúmenes, y llevámoslo para irle leyendo en los ratos que la inspeccion de otros objetos de curiosidad no nos lo impidiera.

Extrañamos los españoles, y de ello nos quejamos agriamente y hacemos un artículo de acusación á los franceses, porque siendo la nacion mas vecina y con quien estamos en mas inmediato y frecuente contacto, conocen ménos la España y están ménos informados, y tienen ideas mas equivocadas de nuestras costumbres que pudieran tenerlas de los habitantes del Indostan. ¿Qué han de hacer sino tenerlas? ¿Y de parte de quién está la culpa? Nuestra es tanto como suya, y suya tanto como nuestra; la podemos partir, y no sé quién saldrá favorecido en la particion : examinemos la *Guia*.

Cuidado que esta es del año de 1841, décimoctava edicion,

por *Quetin*, revisada por *Richard*, que es como decir que está administrada con los sacramentos de fe moderna.

Pues bien : dice la *Guia*, hablando por ejemplo de la administracion de justicia en España :

« Todas las ciudades, villas y aldeas tienen un corregidor, un alcalde mayor, ó bien un simple alcalde ; todos son nombrados por el rey. Los corregidores están encargados de la policia de las ciudades, y de la de su distrito ; del mando de la fuerza armada ; de la ejecucion de las órdenes de la córte ; de la tasacion ó precio de los comestibles ; de las provisiones y alojamientos de las tropas, y juzgan sin cobrar derechos de las causas de poca importancia. »

Figúrese el hermano lector la idea que traerá de nuestra administracion de justicia un frances que viene á España, y que lo primero que hace es proveerse de la *Guia* y foliarla y estudiarla para conocer las costumbres y el sistema de administracion del país que va á visitar.

Continúa la *Guia* : « Los alcaldes mayores tienen poco mas ó ménos las mismas funciones que los corregidores en las ciudades en que faltan estos. Unos y otros llevan la espada al lado y el baston en la mano : honor que no se concede sino á los magistrados de los supremos tribunales, á los oficiales de estado mayor y de ejército, á los médicos y algunos alguaciles. »

— Señor, interrumpió aquí Tirabeque, por vida de S. Meliton bendito que esto ya no se aguanta : las mentiras tienen tambien sus limites, y el descaro debe tener sus términos como todas las cosas.

— Y la exaltacion, Pelegrin, debe ser tambien contenida por una buena dosis de calma : ténla pues, y vamos leyendo.

Habla de las audiencias y chancillerías en el año 41, como pudiera hablar en el año 26 ó en el 1782 : para los franceses no se ha hecho novedad. Las Universidades están bajo el mismo pié que en el siglo 17 y las fuerzas militares de mar y tierra no han pasado de 1830.

Se dicen en España, segun la *Guia*, sesenta mil misas por dia, y veinte y un millones por año ; de ellas la mitad son de fundaciones : la otra mitad, á 4 reales producen 43 millones 800 mil reales al año ; se predicán 410 mil sermones, que á 20 reales cada uno dan la suma de 8 millones 200 mil reales anuales : los rosarios, votos y exorcismos producen 2 millones de reales, los derechos de estola 30 millones, las cuestaciones, imágenes y alforjas (así dice la *Guia*, no tiene ella malas alforjas) 34 millones, que

con los productos del diezmo, resulta percibir el clero español *mil cincuenta y un millones y medio* de reales al año.

He aquí un buen dato estadístico para el arreglo de la contribucion de culto y clero, sin que ni el gobierno ni los diputados tengan que molestarse en andar continuamente buscando una base cierta y fija para ella.

En el artículo de *COSTUMBRES* dice la *Guía*: « Los habitantes de la península española han sido desde muy antiguo, y son en todos tiempos muy renombrados por su gusto y afición á la danza. »

« En otro tiempo era el *fandango* el que estaba en voga: ahora en la buena sociedad es el *bolero* el que predomina. Sin embargo estos dos bailes se dividen el entusiasmo casi inexplicable de todos los españoles cualquiera que sea su rango y su calidad. *Townsend* en su *Viaje á España* dice: « Que si se entrase de repente en una iglesia ó un tribunal bailando el *fandango* ó el *bolero*, los sacerdotes, los jueces, los abogados, los criminales, el pueblo, serios ó alegres, viejos ó jóvenes, dejarían al momento sus funciones y se pondrían todos á danzar. »

— Conozco, Pelegrin, que estás rebentando y que te cuesta no pequeño trabajo el callar. — Señor, no lo sabe Vd. bien: el fandango y el bolero me está bailando á mí el corazón, y el alma me está rebrincando de coraje. ¿Quién les ha dicho á esos autorcillos de embrolla que el *bolero* es el baile de la buena sociedad de España? Habrán tenido ellos por buena sociedad algun baile de candel. Lo mismo que eso de que si uno entrara bailando el fandango y el bolero en algun templo ó tribunal, se pondrían también á bailar los jueces y los sacerdotes. Que venga, que venga el Sr. Quetin, ó Quintin y el Sr. Richard, y el Sr. Tusend, y se pongan á bailar en una iglesia ó en una sala de justicia, y verán si bailan los jueces y los curas, ó les baila á ellos el bolero y el fandango sobre las costillas con un buen garrote el portero, ó el alguacil, ó el sacristan, y les enseña á escribir con mas verdad de las costumbres de España. ¡Habrás visto cosa como ella! No parece sino que escriben por hacer burla. — Pues así son, Pelegrin, otras noticias que acerca de las costumbres españolas suministra esta *Guía*. Así, pues, no es extraño que los extranjeros tengan tan equivocadas ideas de nuestro país.

Si tratamos de indagar la causa de este mal, la encontraremos, como dije al principio del artículo, lo mismo en los franceses que en los españoles: en aquellos por su atrevimiento en escribir á roso y belloso de países que no conocen, y en estos por la incuria y

apatía de no haber escrito una *Guía del extranjero en España*, dando lugar con nuestra indolencia y dejadez á que los extranjeros emitan ideas adulteradas de nuestro carácter y costumbres, guiándose para ello por las relaciones de algun viajero que visitó la Península en el siglo XVIII, ó por un libro del tiempo del cardenal Cisneros que se les vino á las manos. De manera que ellos por osados y nosotros por desidiosos, ellos por charlar sin pararse en barras y nosotros por callarnos tan buenas cosas, ellos por escribir y nosotros por no leer, el español amante de su patria que viaja por el extranjero sufre lo que no es decible, y tiene que armarse de resignacion y paciencia al ver que llegan hasta preguntarle si en España se comen peras, si visten todos de jaquetones, si las señoras siguen llevando todas el puñal en la liga, si los enamorados se pasan toda la noche tocando la guitarra debajo de la ventana de su novia, si los toros se corren en los teatros, y poco les falta para preguntar si los españoles andamos con dos piés, de cuyas preguntas y otras semejantes que á mí mismo me han hecho, no me faltará ocasion de hablar mas adelante, porque al fin en Burdeos, como no está léjos, ya nos van conociendo un poco.

Y con respecto á *Guías*, sé con satisfaccion que el Sr. Mellado, impresor y del comercio de libros de esta corte, piensa publicar una del *viajero en España*, que aunque no sea al pronto una obra perfecta en su clase por la dificultad que todavía ofrece la administracion del país para la reunion de los competentes datos, al fin tendremos ya y tendrá el extranjero que viaje por España algo por qué guiarse, y abriendo un camino para que otro trabaje en su perfeccion y complemento, hará un servicio importante á su patria.

#### Los Templarios.

No voy á hablar de aquellos caballeros del siglo XII que tanto dieron que decir en su levantamiento y tanto dieron que escribir en su caída, no: sigo hablando de Fray Gerundio y Tirabeque, que con motivo de ser el día siguiente domingo, les dió por visitar templos, y no solo podrán llamarse templarios los caballeros del Templo sino tambien los que templos visitan y á los templos asisten.

Pero aun no hemos dicho nada del traje y manera de los

#### Clérigos franceses.

Constituye su uniforme una larga sotana con cola sujeta á la